

La tragedia *organo(crono)lógica* del señor Smith

En aquel lugar tan extraño, Nicholas Smith había perdido la noción del tiempo. No sabía si llevaba horas, días o meses. Todo era ilógico, casi irreal. Sin embargo, no podía tratarse de un sueño, pues él era íntegramente consciente. Pero era raro. Sentía que se movía con extrema ligereza, como si su cuerpo ignorase el peso de los años. Quizá se hubiera convertido en un fantasma. Ciertamente es que lo último que recordaba de su vida normal era cómo su cabeza caía contra el suelo, mientras bajaba (quizá demasiado) rápidamente las escaleras para recoger el periódico. Después, había despertado en el misterioso lugar. Con casi setenta años, se planteó si estaba en el mismísimo purgatorio.

Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, vio que se encontraba en una sala amplia. En un principio, no parecía haber ninguna puerta. El suelo de madera no descuidaba el mínimo agujero. Unos cables pasaban por muy encima de su cabeza, cables eléctricos supuso, tan gruesos que lo duplicaban en grosor, y tan largos que se perdían en la lejanía. A medida que caminaba, observó que los cables se iban acortando, y decidió ir en busca de su punto de sujeción, ya que podrían esconder una salida cerca. Sin embargo, llegó al límite de un abismo donde advirtió unos mecanismos de madera bastante complejos, que se conectaban a los cables. Estaban inmóviles, como si fueran los restos de una fábrica que años atrás cesó. A pesar de que el aire estaba muy cargado, y de que el polvo se amontonaba, tuvo que admitir que el lugar tenía un punto de acogedor, elegante e incluso solemne. Al otro lado de los mecanismos extraños, descubrió que el techo se volvía más bajo, un techo de textura metálica. También distinguió algunos componentes dorados y tapizados en rojo.

De pronto, una masa sonora le perforó los tímpanos, y sintió que todo alrededor suyo temblaba. Se tapó los oídos, pero aquel penetrante sonido lo seguía atormentando.

Desconocía su origen, no venía de ningún lado y venía de todas partes. Smith pensó que cesaría, pero el ruido se hizo todavía más intenso. Aquello era insoportable. Sus propios gritos se ahogaban ante tal incisiva masa sonora. Corría sin rumbo. De golpe, vio que los engranajes que había visto anteriormente se movían enloquecidamente. Empezaba a adentrarse en un estado de delirio, una mezcla de sufrimiento y admiración, cuando, súbitamente, una luz cegante irrumpió en la penumbra. El desgraciado señor Smith no pudo más que amagar un grito. Una fuerza descomunal lo aplastó e hizo pedazos sus sesos, músculos y huesos. Lógicamente, falleció en el acto.

El pequeño Nick, de 11 años, disfrutaba de la anual estancia en la fastuosa casa de sus abuelos. Solamente los visitaba en navidades, ya que vivían muy lejos. Aunque a veces el ambiente protocolario y pomposo lo incomodaba, se complacía con los lujosos muebles e inusuales aparatos que llenaban la casa. Entre ellos, su preferido era el grandioso piano de cola, colocado en un minúsculo cuarto como un mueble viejo más, muestra del poder y sofisticación de los Smith. Pasaba el año cerrado y acumulando polvo y solo lo abría él en esta época. Lo primero que hizo al llegar, pues, fue ir directo al grano; o sea, directo al piano.

Le quitó el tapiz que lo cubría, levantó la tapa del teclado y empezó a tocar. Al minuto se dio cuenta de que ni siquiera había abierto la propia tapa del piano. Al levantarla, admiró el maravilloso interior del instrumento. ¡Qué elegancia, qué solemnidad! Pero la escena fue arruinada por un bicho diminuto, de forma extraña, que recorría el bastidor de un lado para otro. Sin pensarlo dos veces, lo aplastó con el zapato. ¡Qué repugnante! Su madre le decía que no matara insectos, que solamente matara los mosquitos, las pulgas y las moscas de la fruta. No se había fijado en lo que era, lo había aplastado demasiado rápido. Ni siquiera se fijó en si era un bicho o no. Tonterías, tampoco iba a morir por aplastar a un ser diminuto.